

Adiós a dos grandes de la profesión

Por C.P.A. Enrique Zamorano
Ex Presidente de la Asociación Interamericana de Contabilidad.

Hace algunos años, Víctor Abreu me obsequió un libro del filósofo Gibrán Jalil Gibrán, quien en una de sus páginas dice: “Cuando un amigo se aleja, no debemos sentir aflicción, pues lo que en él se ama quizás sea más claro en su ausencia, como la montaña lo es desde la llanura para el montañés”.

Ahora estamos con un profundo sentimiento de duelo por la ausencia de dos grandes líderes de la profesión interamericana: Juan Ángel Gil y Luis María Matheu.

En la condolencia enviada por Marcos Godoy a sus deudos expresa: “Su desaparición es sólo física, pues queda lo más importante, su obra, con la proyección sin límites que ella conlleva”.

Y la obra a la cual Marcos seguramente se refiere es la creación de esa Magna Institución: la Asociación Interamericana de Contabilidad, nuestra querida AIC. Así, desde la “llanura”, y a la distancia de casi 58 años de historia de la Asociación, me referiré brevemente a la obra de estos dos titanes.

La historia de las organizaciones, al igual que la de las naciones, no puede ignorar sus raíces. Las organizaciones se convierten en verdaderas instituciones cuando la inspiración de sus fundadores les infunden un conjunto de propósitos, ideas, valores y esperanzas.

En la AIC la inspiración nace de un ilustre contador: Don Juan Ángel Gil. Él y quienes lo acompañaron con la misma fe dieron el impulso inicial a la idea y mantuvieron inalterable el entusiasmo. Don Juan Ángel y Luis María fueron líderes de la profesión en América; en esencia, representaban una autoridad moral, se les seguía y obedecía por respeto a su persona y por convicción a los principios y valores que ellos infundieron en la AIC. Sabían bien que las organizaciones se convierten en instituciones a medida que se les infunden valores y que toda institución, a efecto de perdurar y alcanzar el éxito, debe poseer un sólido conjunto de principios que sirva de premisas a todas sus acciones.

Puede decirse que entre las muchas cualidades de ambos –que les permitieron estar a la altura de grandes líderes en la profesión– destacan la pasión y el sentido de responsabilidad como las más importantes. Pasión en el sentido de

entrega a la profesión y al desarrollo de nuestra AIC. Nada tiene valor para el hombre en cuanto a hombre si no puede hacerlo con pasión.

Responsabilidad en el sentido de tener en cuenta las consecuencias previsibles de todo lo que hace. Es infinitamente conmovedora la actitud de un hombre que siente realmente, y con toda su alma, esta responsabilidad y actúa conforme a una ética de la misma.

La obra que realizaron no era para sí mismos, sino para los demás, no sólo para su generación, sino para futuras generaciones. Ellos crearon una institución porque infundieron valores en las personas; no hay que olvidar que una institución vale por las personas que están en ella. Formar parte de la AIC significa para todos nosotros la gran oportunidad de desarrollarnos, manifestarnos, ayudar, identificar y valorar nuestra misión como profesionales.

Entre los propósitos iniciales de la AIC están: “Unir a los contadores del continente americano y promover la superación constante de su calidad profesional dentro de un sincero intercambio y una fraternal convivencia”. Unión, superación profesional y fraternidad son principios que no han perdido vigencia, por el contrario, continúan siendo vigorosos y providenciales, aun en nuestros días.

La AIC busca continuamente caminos para unir la profesión en cada país, a las sucesivas generaciones de contadores públicos y a cada individuo de esta profesión. La semilla de la unidad de la profesión, sembrada por los fundadores de la AIC y cultivada celosamente por sus dirigentes y colaboradores durante 58 años, se ha convertido en un gran árbol, cuyas ramas abarcan a toda América.

Es preciso reconocer la importante función que tiene este significado de la unidad de los contadores, ya que nos permite captar no sólo la dimensión personal, sino también la comunitaria, fortalecedora de la profesión contable.

La fraternal convivencia constituye uno de los rasgos característicos de la AIC y conforma también un principio fundamental de la profesión en el continente americano. Esta institución lucha para que la unidad y la fraternal convivencia

cia sean cada vez más reales y perfectas, y dentro de ellas tiende a estrechar vínculos que unen a los contadores, por encima de las legítimas diferencias que existen entre ellos.

No hay sitio en nuestras vidas para la apatía o la indiferencia hacia el mundo que nos rodea. Trabajemos por la unidad y la fraternidad de todos los contadores, para que juntos llevemos a cabo la misma misión. El fruto de la fraternidad es la paz entre los hombres y los pueblos, esa fraternidad que triunfa sobre todo lo que divide y enfrenta mutuamente a los hombres.

La misión de esta institución establece como otro de sus objetivos primarios la superación y formación integral de los contadores, la elevación constante de su calidad profesional, de sus conocimientos y deberes sociales. Las páginas de la historia de nuestra organización están plenas de episodios emotivos. Como ejemplo, basta recordar los hechos que ocurrieron hace 33 años:

La XI Conferencia Interamericana de Contabilidad, efectuada en 1974, conmemora el Aniversario de Plata de la celebración de estas reuniones. La ocasión se revistió de importancia al dedicársela al fundador de la AIC, Don Juan Ángel Gil.

En ese mismo año eran aprobados los estatutos que dan personalidad jurídica a la AIC y, con base en los mismos, se eligió al Dr. Luis María Matheu como primer Presidente y al Dr. Ibere Gilson para Vicepresidente.

También en 1974, la Comisión de Honor, integrada por Mario Pravia, de Uruguay; Juan José Amézquita, de Colombia, y José Reynald Lugo, de Puerto Rico, otorgó el nombramiento de Contador Benemérito al Dr. Luis María Matheu.

Con un sencillo y breve discurso, el Dr. Matheu señaló las “pautas” para el futuro desarrollo de la AIC: “Consolidar la estructura financiera; implementar cursos y seminarios en temas de interés; mejorar la mutua información sobre los cambios económicos y sociales en América para beneficio del profesional, y aumentar la circulación del Boletín Interamericano, recomendando además la publicación de artículos de interés”.


A partir de esa memorable conferencia, en la cual quedó legalmente constituida la Asociación, se han venido celebrando regularmente estas reuniones en diferentes ciudades de América.

En cada una de ellas se hicieron valiosas aportaciones sobre temas de ética, educación, administración, finanzas, auditoría y del sector gubernamental. Asimismo, han servido de escenario para otorgar la máxima presea de la AIC –Contador Benemérito de las Américas– a ilustres contadores y maestros que tanto prestigio han dado a nuestra profesión.

La dignidad de la AIC se ha venido conformando a partir de ese conjunto de ideas, principios, valores y esperanzas, infundidos por la inspiración de sus fundadores, Contadores Beneméritos, Directores, Ex Presidentes y por el esfuerzo brindado por todos sus colaboradores.

Los valores básicos de nuestra agrupación constituyen un fundamento sólido como una roca, su propósito básico, su razón de existir; estos valores sirven de faro que la ha guiado durante muchos años, como una estrella fija en el horizonte. La dignidad propia de la AIC, esa que se nos ofrece ahora como don y como tarea para realizar, está estrechamente vinculada a esos valores que nos legaron nuestros antecesores.

La historia de nuestra AIC durante 58 años es de una lucha profundamente humana por ideales, valores, principios y esperanzas, por los cuales, contadoras y contadores estuvieron dispuestos a entregarse por completo.

Estos hombres y mujeres –y todos los que han venido colaborando con la AIC con voluntad, inteligencia y cariño– han conducido a la Asociación, cada vez mas, hacia el objetivo anhelado: “Lograr la superación y formación profesional de los contadores de América, para alcanzar una profesión fuerte y coherente, dentro de un sincero intercambio y fraterno convivencia”.

*Don Juan Ángel Gil y Dr. Luis María Matheu,
Descansen en Paz*